

SUSCRICION

En las oficinas de
CORRESPONDENCIA
ILUSTRADA Infantia
num. 42 bajo. En la
librería de Fe, Carre-
ra de San Jerónimo,
num. 2; en todas las
demás librerías, y en
el centro de suscricio-
nes, Paseo del café
Madrid.

En provincias por
medio de nuestros
corresponsales, ó es-
cribiendo directamente
a la Administración.

Número suelto:
10 CENTS.



DIRECTOR, D. PEDRO PAGAN.

PRECIOS

P. G.

Madrid, 1 mes. 2
Prov. 3 meses. 7'5
PORTUGAL
3 meses..... 7'50

EXTRANJERO

3 meses..... 22'50

ULTRAMAR

3 meses..... 5

ANUNCIOS

Línea..... 50

Comunicados y re-
clamaciones, precios con-
vencionales.

Número suelto:
10 CENTS.



AÑO II.—(II Epoca.)

Lunes 12 de Setiembre de 1881.

NUM. 320

NUESTRO GRABADO.

Dos fases tiene la vida
militar, fases distintas ba-
jo todo género de consi-
deraciones, bien se la mi-
re en ocasión de gozar la
nación de una paz octo-
viana, ó que esté puesta
en armas por cualquier
motivo.

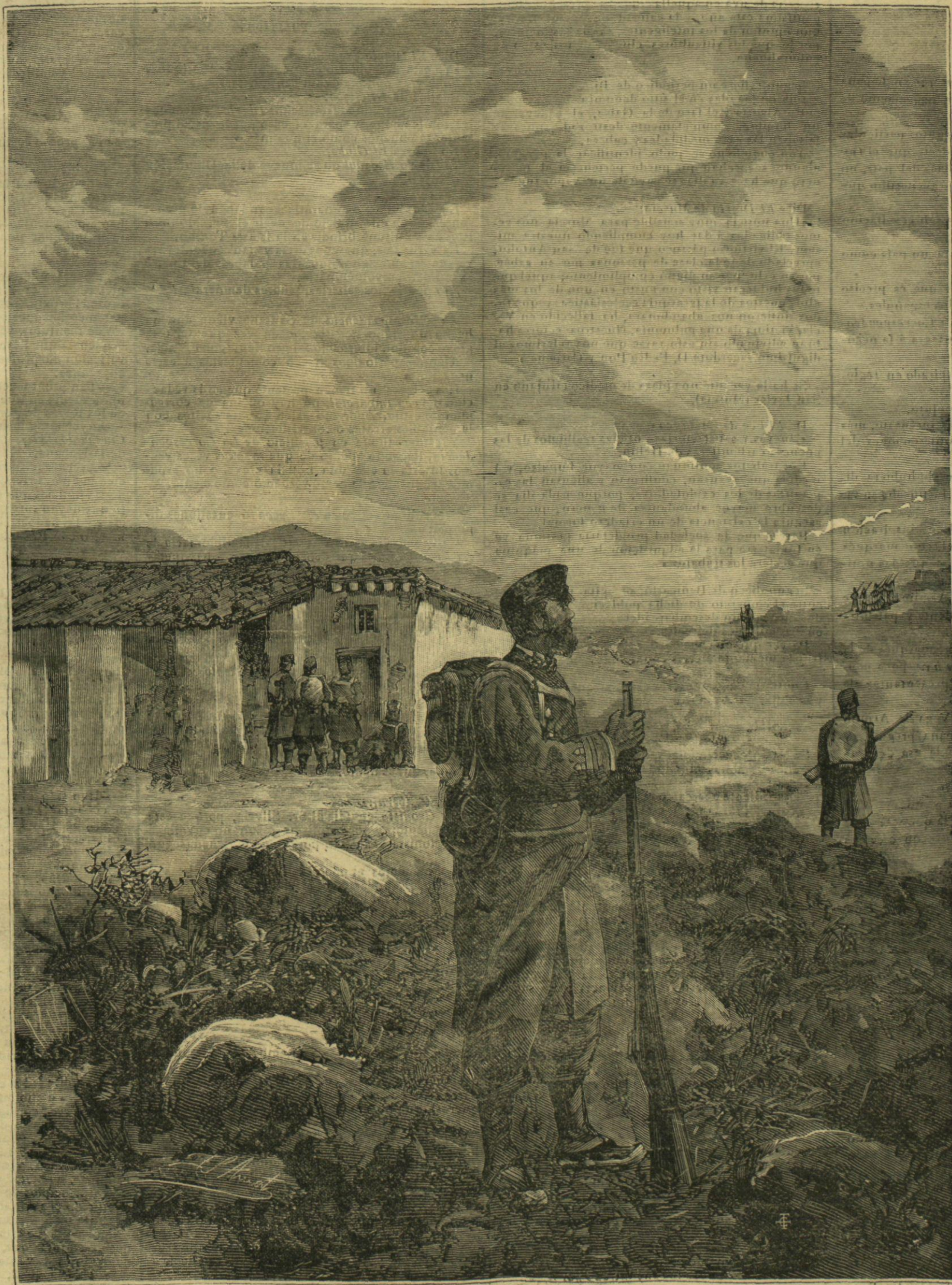
La vida del soldado en
tiempo de paz, por más
que digan los detractores
de la contribución de san-
gre en contra suya, es
bastante agradable para
el bracerío que en su vida
ha salido del lugar donde
nacido, sin concebir más
horizonte que el que di-
visa desde la altura de su
modesto campanario, ni
más mujeres que las ro-
llizas mozas de la villa,
ni más diversiones que
los juegos un poco brutales
con que distraen sus
ocios los jóvenes rurales,
ni nada más en una pala-
bra, estando por lo tanto
á bien poca distancia del
bruto.

Llega un día al pueblo
el sargento Mochales, ar-
rogante mozo, decididor y
entretenido, que lo mismo
toca la guitarra y se can-
ta una petenera, que le
pega dos guantás ar bar-
biana de la Persia cuando
llega la ocasión.

El discípulo de Marte,
que viene al pueblo por
la saca, es acompañado
por tres ó cuatro indivi-
duos más, todos soldados
viejos, es decir, hasta el
punto que se hacen aquí,
donde los veteranos cuen-
tan dos y hasta tres años
de servicio (?), contando,
por supuesto, los abonos
y dispensas que hayan
ocurrido.

Pasemos por alto los
obsequios de que son ob-
jeto los militares durante
su estancia en el lugar,
músicas, galanteos, re-
uniones en casa del doc-
tor en Cuatro peas, don-
de por regla general quien
lleva la batuta es el sar-
gento Mochales, á quien
todos conocen por mi pri-
mero, considerándolo y
respetándolo más que al
mismo alcalde, cuyo po-
der omnímodo se halla
oscurecido ante la fuerza
de las bayonetas.

Después de haber cu-
bierto el cupo, después de
las lágrimas de las madres
que se quedan, y las can-
cienes de los hijos que se
van, pasando por alto los
pensamientos del pri-
mero, que considera al acor-
darse de la hija del tio
Lucas, que si hubiera es-
tado un día más... otro
gallo le hubiera cantado,
dejando todo esto junto
con las peripecias del via-
je y el aprendizaje de los
primeros rudimentos de
la gramática especial que
se enseña á los quintos,
nos encontramos con uno
de estos transformado por
completo: gallardo porte,
marcialidad al andar, lim-
pio hasta cierto punto,
dicharachero con todas
las mujeres y con su no-
via correspondiente, quien
á costa de grandes sacri-
ficios (de sus amos), com-



DE AVANZADA.

pra cigarrillos á su amor,
le convida de vez en cuan-
do, y hasta se permite re-
galarle algunos pañuelos
del señorito.

Esto, unido á algunos
ejercicios que alternan
con varias paradas y
guardias; esto, decimos,
viene á ser la vida del sol-
dado en tiempo de paz.

Del oficial no nos ocu-
pamos, pues á parte de sus
guardias si está en activo,
y de ponerse el uniforme
á menudo si presume, y
sino hacer vida de honra-
do ciudadano, bien pocas
son las vicisitudes por que
pasa, á excepción de los
días últimos de mes en
que casi siempre tiene
que tomar las armas con-
tra la vieja Inglaterra,
consecuencia de los ere-
cidos sueldos que percibe
del Estado.

Pues señor, que llega
un día en que por cual-
quier motivo se levanta
una partida en Cataluña,
ó se subleva una pobla-
ción, ó por último, decla-
ramos ó nos declara la
guerra alguna nación,
por ofensas inferidas ó re-
cibidas por alguna de las
partes beligerantes.

Cambio de decoracion.

¿De qué quieren uste-
des que me ocupe? ¿De los
muertos, heridos, priso-
neros, y contusos? ¿Mez-
clamos á esto los ayes de
los moribundos y el es-
truendo de las balas para
dar al cuadro una horri-
ble realidad? ¿Les agrada
pensar en las consecuen-
cias de estos aconteci-
mientos que por regla ge-
neral vienen á ser las lá-
grimas de una pobre ma-
dre, el dolor de una atri-
bulada esposa, ó la pérdi-
da de pan y de porvenir
para los inocentes hijos
del que murió luchando
por su deber?

No: abrigó la seguridad
de que no sois partidarios
de este sistema: para ver
las cosas de este mundo
por el lado triste, tiempo
de sobra hay, que más
abundan los sinsabores
que las venturas, y oca-
sion tenemos de entriste-
cernos sin buscar motivo
para ello.

La vida de las batallas
tiene también su lado bue-
no; el caso es saberlo bus-
car: fíjase sinó en una co-
lumna que parte á la guer-
ra; muchos no volverán,
pero, ¿quién piensa en
ello? El que más y el que
ménos, lo que cree es que
ha de volver por lo ménos
general si no intrigan en
contra suya.

Después de una marcha
más ó ménos variada por
acontecimientos imprevis-
tos, llega al campo de las
operaciones: ocupa el
puesto que le corresponde,
y saca todo el partido po-
sible de su situación: hoy
se alojan en tal parte, mo-
tivo de fiesta para el pue-
blo y para la tropa; por la
tarde una música de regi-
miento ameniza aquellos
lugares invitando á bailar
á las mozas con los aguer-
ridos galanes; por la no-
che reúnense varios en
casa del patron ó patro-
na más humano, y allí